LA RABALERA

ZARZUELA EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

Miguel Echegaray

PERSONAJES

ANTONIA.-ISABEL.-GREGORIA.-ECUYERE.-EQUILIBRISTA.-JUANA.-PABLO.-EL SECRETARIO.-VICTOR.-BARTOLO.-TRABAJADOR 1.º-IDEM 2.º-UN MUSICO.-EL HERCULES.-EL TONTO.-EL CLOWN.-EL BARRISTA.

Volatineros, toreros, bandas, niños y coro general.—La acción en Cantalapiedra (pueblo imaginario).—Época actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Patio de una antigua casa de postas. Edificio grande y recién restaurado y con pretensiones de fonda. Puerta grande al fondo y varios laterales. A la izquierda una mesa y sillas; a la derecha, un gran mostrador para despachar vino y cervezas: macizos de flores bordeando la tapia; en todo, limpio, decente, recién pintado, se descubre una mano cuidadosa. Gregoria, coro de muchachas del pueblo. En el mostrador un mozo

MÚSICA

CORO Mire usté el vestido
señora Gregoria.

GREG. ¿Un vestido nuevo?

CORO Lo he estrenado ahora;
de mi pobre madre
gasté los ahorros.
y padre, al saberlo,
se ha puesto furioso.
Mas quiera o no quiera
no tiene remedio,
porque ya la fiesta
llegó de mi pueblo.

[illegible]o. Las fiestas de nuestro pueblo
serán las mejores fiestas,
y todo se lo merece
la hermosa Cantalapiedra.

CORO ¡Ay, señá Gregoria,
qué feliz seré!
Voy a sacar novio,
¡cuánto bailaré!

GREG. Pícaras muchachas.
¡Ay Dios, quién pudiera
estrenar vestido
y bailar cual ellas!
¿No escuchais, muchachas?

CORO Es la diligencia.

GREG. ¡Cuánta gente viene!

CORO No caben en ella.

GREG. Y detrás un carro.

CORO ¿Un carro? Cuarenta,

GREG Vienen en tartanas,
Vienen en galeras,
Vienen a caballo
y hasta en bicicleta.

CORO ¡Qué ruido, qué gritos
y qué polvareda!

(Un grupo de gente moza entra bulliciosa.)

JÓVENES ¿Hay posada, patrona?

GREG. Sí que hay posada.

JÓVENES ¿Y camas sin insectos?

GREG. Limpias las camas.

OTROS (Entrando cor el fondo.)
Venga un vaso de vino.
¿No hay quien despache?
De tanto polvo, traigo
seco el gaznate.

OTROS (Entrando por el fondo.)
Desde un rincón del mundo
vengo a estas fiestas

CORO ¡Para fiestas de España,
Cantalapiedra!

GREG. Los titiriteros
vienen en su carro.

CORO Vienen con sus trajes.
Miá que vienen majos,

(Entran los del circo, vienen en su carro y con sus pintorescos trajes. Con ellos, cuatro que llevan en la espalda las liras y cuatro que las tocan, vestidos de arlequines,

ECUY. (Figurando que monta a caballo.)
Yo soy la que monta
el potro salvaje,
que manos tan blancas
supieron domar.

EQUIL. (Figurando que cruza el alambre.)
Yo soy la que cruza
ligera el alambre,

y cerca del techo
parece volar.

TIT. 1.° Yo soy el barrista.
TIT. 2.° Y yo soy el clown,
TIT. 3.° Y yo soy el hércules.
TIT. 4.° Y el tonto soy yo.

(Durante este motivo musical, evolucionan.)

TIPLES. ¡Qué bonito, qué gracioso!
HOMBRES. Yo jamás oí tocar así.
TIPLES. Dímelo a mí.
Qué instrumentos tan preciosos.
HOMBRES. Mucho asombro da
su gran agilidad.
TIPLES. Sí que es verdad.
LOS SEIS. (Frente al público.)
Yo traigo del circo
los grandes placeres,
la música, el baile,
las bellas mujeres,
la fuerza, la maña,
la loca osadía,
yo traigo del circo
la sana alegría.

(Vuelven a evolucionar.)

CORO. Nos traen de sus circos
los grandes placeres, etc.
GREG. Los toreros.
OTROS. Los toreros. Y vienen con sus trajes de luces.
UNO. ¡Como que acaban de torear en el otro pueblo!

(Entran delante hombres con guitarras. Detrás la cuadrilla formada con sus trajes.)

TOREROS. Aquí está la cuadrilla
de Manolete,
valemos por setenta
si somos siete;
que no hay mejores
ni peones, ni espadas
ni picadores.
Aquí está la cuadrilla
vestida de oro;
en España no hay nunca
fiestas sin toros,
que es la alegría
y el valor y la gracia
la torería.

(Mientras canta el Coro, figura que hacen la salida de la cuadrilla.)

TODOS. Aquí está la cuadrilla
vestida de oro, etc.
Ni las ferias de París
ni las fiestas de Londón,
con las que hoy se dan aquí
puen tener comparación.
Voy a ver torear
que me gusta la mar,
pues es fiesta que tié que ver.
Voy a ver la función
que, con tal atracción,
de primera tendrá que ser.
¡Qué habilidosos
titiriteros,
y qué garbosos
son los toreros!
Nada igual aquí se vió.
HOMBRES. Mejor que esto en Madrí lo
[he visto yo.
MUJERES. ¡Pues pa mí que no!
TODOS. ¡Ay, qué alegría!
Este sí que es un gran día.
¡Ay, qué contento!
Ya no sé ni lo que siento.
¡Vivan las fiestas
de esta ciudá!

(Gran animación y vivas. Los toreros abrazan a las mozas; la Ecuyere y el Hércules se suben a una mesa; la Equilibrista y el Barrista a otra, y el tonto coge una capa de torear y figura que torea al Clovvn.)

Dichos, Antonia. Detrás Juana (HABLADO)

ANT.--¿Qué es esto? Tanto ruído y sin hacer nada. Muévete, Gregoria, que tienes a todo el mundo parado. A ver Juana, llévate a los del circo a los cuartos del piso bajo y a los toreros al principal, y todos los demás detrás de mí por este otro lado para acomodarlos, y tú te quedas aquí por si viene más gente ¡ea, de prisa! Y vosotras a la calle, que en casa no hacéis más que gritar y estorbar.

UNA.—¡Qué genio de mujer!

ANT.—¡A la plaza!

GREG.—Pero oye, Antonia.

ANT.—¿Qué pasa?

GREG.—Que en la fonda no hay sitio para tanta gente.

ANT.—¡Cómo que no! ¡Dos en cada cama!

GREG.—Pero lo van a pasar muy mal.

ANT.—¿Y qué? ¡A las fiestas no se viene a pasarlo bien, ni a divertirse! ¡Y no me detengas con tonterias! ¡Por aquí todo el mundo! (Vanse)

GREG.—¡Jesús! ¡Que casa! ¡Que barullo! No se como nos las vamos a arreglar. (Pablo por el fondo con una maleta.)

PAB.—Gregoria.

GREG.—¿Quien? ¡Es Pablo! ¿Eres tú?

PAB.—El mismo. Acabo de llegar.

GREG.—De América.

PAB.—A los tres años de haber dejado el pueblo.

GREG.—Que de prisa pasa el tiempo. ¿De América? ¿Vendrás rico?

PAB.—Traigo unos cuartos.

GREG.—¡Siempre dije yo que serías hombre de provecho, porque sabes de cuentas y de libros y de todo!

PAB.—¿Y cómo está Isabel?

GREG.—¡Pues tan rubia, tan mona y tan bien vestida!

PAB.—¡Que pronto voy a verla! ¿Y Antonia?

GREG.—Tan buena.

PAB.—¡Y tan mala!

GREG.—¡Cómo mala! Un genio fuerte y nada más.

PAB.—Más mala que un demonio, una fiera desde chica; zurrándose con nosotros y metida en las pedreas. Esta señal que llevo en la frente, ella que me señaló. Su tío, el señor cura, empezó a educarla, y la chica aprendía pronto, pero se la devolvió a sus padres porque no la podía sufrir. ¡Tiene unas entrañas más negras!

GREG.—Eso sí que no es cierto. Antonia es buena. Un pronto y nada más. En el primer momento, bueno, es capaz de matarte, pero se la pasa en seguida. Es de Zaragoza, y del arrabal. Tiene que ser brusca. Por eso la llaman *La Rabalera*, y ese nombre lleva su fonda. Lo que no la he visto nun ca es alegre, eso es verdad. Sobre todo desde hace tres años, desde que tú te marchaste justamente, tiene un humor que no hay quien la sufra más que yo, que como a hija la quiero! Pero es una mujer que vale por tres hombres. Cuando murieron sus padres nadie creyó que pudiera seguir con esta casa; pues ahí la tienes: era una posada y la ha hecho una fonda. A todos nos maneja y nos da cien vueltas y nos vuelve tarumba. Es muy lista, y como tú sabe de cuentas y de libros. ¡Es más fuerte el demonio de la muchacha y más trabajadora! En viéndole a uno parado se vuelve loca.

ANT.—(Entra por la derecha. Acento aragonés.) ¿Pero qué hacéis aquí, todos mano sobre mano, holgazanes? ¡Tú, borracho, (Le pega un empujón al mayoral.) a cuidar del ganado! ¡Tú, gandula, a hacer camas! (A Juana que ha salido.) ¡Tú, Gregoria, a la cocina! ¡Y tú, haragán, a tu casa! (Violento empujón a Pablo.)

PAB.—¡Pero Antonia, por Dios!

GREG.—Que es Pablo, Antonia.

ANT.—¡Pablo! ¡Es verdad!

PAB.—Tú tan animal como siempre.

ANT.—Dispensa, hombre. No te había conocido. ¿Vienes bueno?

PAB.—Gracias a Dios.

ANT.—¡Qué bueno viene, Gregoria!

GREG.—Si que está hecho un buen mozo.

ANT.—¿Cuándo has llegado?

PAB.—Ahora mismo.

ANT.—¿Donde vas a parar?

PAB.—Aquí en tu casa, si me das posada.

ANT.—¡Pues no faltaba más! Anda, Gregoria, y prepara el cuarto más grande del primer piso.

GREG.—Si está lleno.

ANT.—Pues los echas a todos.

GREG.—¿Y dónde los coloco?

ANT.—Por todo te apuras. Tres en cada cama. El primer espada solo, en una los banderilleros, en otra los picadores, en otra los tres gimnastas y en otra el tonto con las dos titiriteras, que para eso es tonto, y ya está arreglado.

GREG.—Pues allá voy. (Mutis por la izquierda.)

Ant.—¡Qué sorpresa! Has llegado cuando no te esperaba nadie.

Pab.—Eso me gusta a mí. No he querido avisar.

Ant.—¿Y cómo te ha ido?

Pab.—Muy bien.

Ant.—Me alegro.

Pab.—He trabajado mucho.

Ant.—Eso es muy sano.

Pab.—Y con provecho.

Ant.—Me alegro.

Pab.—Y vengo decidido a acabar mis días en el pueblo.

Ant.—Y que me alegro por tercera vez.

Pab.—He corrido peligros.

Ant.—Pero has salido de ellos sin ningún desavío, ¿verdad?

Pab.—Gracias a Dios.

Ant.—Ya no me atrevo a alegrarme, por que me vas a llamar latera.

Pab.—Cansado de indios y de negros, y harto de caras llenas de sombras, venía por el camino soñando con una blanca y rosa, bañada por la luz del sol, con unos ojos azules que me llaman.

Ant.—(¡Isabel!) (Con disgusto.)

Pab.—¿Cómo está?

Ant.—¿Quién?

Pab.—Mi rubia.

Ant.—¡Pues tan rubia! (Secamente.)

Pab.—Estoy deseando verla.

Ant.—Pues anda, anda.

Pab.—Traigo para ella mucho dinero; ahí en la alameda, donde dan tanta sombra los árboles y corre un agua tan clara, voy a hacer una casita blanca, muy blanca, para los dos, con sus persianas verdes y su hermoso emparrado. Allí estará el nido de nuestros amores, la cuna de nuestros hijos, la alegría de nuestras vidas.

Ant.—(¡Por qué no se quedará mudo!)

Pab.—Allí seré feliz.

Ant.—(¿Por qué no se lo contará todo esto a ella?)

Dichos y Gregoria por la izquierda.

Greg.—Ea, ya está todo arreglado. Pablo, ya tienes tu cuarto.

Ant.—¿Qué cuarto?

Greg.—El más grande y el mejor del piso primero.

Ant.—Pues es una barbaridad poner a una persona sola donde caben siete. Y a Pablo le basta con un cuartito, con uno cualquiera, en un rincón; parará poco en casa. Tiene que ir y venir. Es una falta de consideración echar a unos viajeros que ya estaban colocados.

Greg.—Pero, Antonia.

Ant.-Y en mi casa que es una casa muy seria no se pueden hacer esas cosas,

Greg.—Pero si tú...

Ant.—Y siempre tú entiendes al revés lo que te digo. (Furiosa.)

Greg.—Pero, Pablo, ¿oyes esto?

Ant.—Y para otra vez que no se te olvide. (Mutis derecha.)

Pab.—¿Ves como no es buena, ves cómo tiene mala intención? Me recibe con los brazos abiertos y a seguida me trata a puntapies. Pues a mí me han ofrecido el mejor cuarto de la casa y en él me quedo y a ver quién me echa. A mí a genio no me gana ni esta ni nadie. (Mutis izquierda.)

Greg.—Algunas veces parece que ha salido de Leganés antes de tiempo.

El Secretario y luego Antonia. El Secretario por el fondo.

Sec.—No está aquí. ¿Por dónde andará? ¡Qué mujer! Cómo será ella cuando la pretende todo un Secretario del Ayuntamiento de Cantalapiedra, pueblo de diez mil habitantes, más grande que Logroño, la perla de la Rioja, con teatro, casino y museo de bellas artes, con cromos de los cuadros de Velázquez,

dos Venus en el baño y una secándose. Un secretario que vale más que el alcalde, el juez, el médico y el párroco, y eso confesado por todos. Soy el cogollito del municipio. Con mi empuje y con el empuje de esa mujer, si ella me empuja, ministro... ¡Antonia!... ¡Antoñita! (Llamando.)

Ant.—¿Para qué me llamas? (Por la derecha.)

Sec.—Para verte.

Ant.—Pues ya me has visto. Adiós. (Medio mutis.)

Sec.—Oye, no seas tan súbita. Vengo a darte cuenta del programa, que ya está ultimado, que al fin eres la secretaria.

Ant.—A mí no me llames secretaria.

Sec.—No te enfades, que cuanto más te incomodes más me gustas. Ya lo tengo pensado y tú en la primera fila siempre. Tú vas a cantar el himno con los chicos en honor de López; tú vas a tirar de la cuerda para descubrir la estatua de López; tú vas a plantar el primer árbol con el maestro; tú vas a poner la primera piedra con el alcalde; tú vas a tener el primer hijo conmigo.

Ant.—¡Celedonio!

Sec.—¡Antonia! Cuanto más enfadada te pones más me gustas.

Ant.—¡La primera piedra! ¿Tenéis dinero para la escuela?

Sec.—¿Tenemos dinero para una piedra? Pues la ponemos.

Ant.—Vaya, adiós.

Sec.—Oye, oye y verás qué hombre te quiere. Oye el programa de los festejos, que todo entero ha salido de aquí. (Leyendo.) Primer día: once de la mañana: visita solemne de los concejales al alcalde. Doce: devolución de la visita. Una: Solemne recepción del juez, del suplente, del secretario y del alguacil del Juzgado. Dos: devolución de la visita. Tres: audiencia de los mayores contribuyentes. Cuatro: devolución de la visita. Segundo día: doce de la mañana: banquete de gala en casa del señor alcalde. A las dos: almuerzo en el Círculo de Labradores, con asistencia del alcalde y del secretario. Cuatro: merienda en el Casino con asistencia del secretario y del alcalde. A las seis: lunch en el cuartel de la Guardia Civil, con asistencia del ídem, ídem. A las siete: refresco en casa del secretario, con asistencia del alcalde. A las nueve: comida oficial en casa del alcalde con asistencia del secretario. A las diez: devolución, digo...

Ant.—Sí, devolución de todo lo que se ha tomado durante el día.

Sec.—Tercer día...

Ant.—Bueno; basta, basta.

Sec.—¿Qué te parece?

Ant.—Pues me parece bien, pero me parece que sólo se van a divertir el secretario y el alcalde.

Sec.—Que es de lo que se trata.

Ant.—Pero vamos a ver, ¿quién es ese gran López a quien yo tengo que cantar?

Sec.—¿Que quién es? ¡Para que veas que hombre te quiere! Ese López no ha existido nunca.

Ant.—¿Nunca?

Sec.—Lo he inventado yo.

Ant.—¿Y para qué?

Sec.—Fíjate, Antonia. Toda localidad, para valer algo, ha de ser cuna o residencia de un gran hombre. Menos se hablaría de Alcalá sin Cervantes, y de Reus sin Prim, y de Argamasilla sin Alba, y de León sin Fray Luis de Granada. Así es que yo me dije: Cantalapiedra necesita un gran hombre. Le tendrá. En el altar mayor hay un cuadro. Es una virgen con unas estrellas sobre la cabeza y unas nubes bajo sus pies. Los extranjeros vienen a verlo y se quedan con la boca abierta diciendo: «¡Es un Murillo!» Un día, en una esquina del cuadro, puse yo, con una letra muy torcida, *López de Cantalapiedra*, y le eché un borrón encima. Vino un francés, arañó el cuadro y gritó: «¡Ya está! No es Murillo el autor de esta maravilla, es López de Cantalapiedra!» Se al-

boroto el pueblo, se alborotó el Ayuntamiento, y yo le he levantado una estatua.

ANT.—¡Calla, trapisonda! ¡A mí eso no me gusta! ¡A mí la verdad! (Se retira al mostrador. El Secretario la sigue.)

Dichos y Trabajadores 1.° y 2.°—Se detienen en la puerta del fondo.

TRAB. 1.°—Entra.

TRAB. 2.°—No me atrevo.

TRAB. 1.°—¡Entra, te digo!

TRAB. 2.°—¿Y qué vamos a hacer aquí?

TRAB. 1.°—Comer.

TRAB. 2.°—¡Que bien huele a guisado!

TRAB. 1.ª—Pues eso vas a tomar. ¡Muchacha! (Juana por la derecha.)

JUANA.—¿Qué mandan ustedes?

TRAB. 1.°—Tráete una ración de guisado, una botella de vino y pan.

JUANA.—En seguida. (Se sientan a la mesa en primer término izquierda.)

TRAB. 2.°—La verdad es que estaba desfallecido, y andaba y no veia el camino.

TRAB. 1.°—Pus por eso.

TRAB. 2.°—Pero no has pedido más que una ración.

TRAB. 1.°—Pa tú.

TRAB. 2.°—¿Y tú?

TRAB. 1.°—Yo tengo más aguante.

TRAB. 2.°—¿Pero te queda algún dinero?

TRAB. 1.°—A mí no.

TRAB. 2.°—Yo tampoco llevo nada.

TRAB. 1.°—¡Calla! (Juana por la derecha.)

JUANA.—Aquí está todo. (Coloca sobre la mesa la fuente, el cubierto, platos etc.)

TRAB. 2.°—¡Qué bien huele!

TRAB. 1.°—Mejor sabrá.

TRAB. 2.°—¿Pero y quién lo paga?

TRAB. 1.°—¡Come! Lo primero es no morirse.

TRAB. 2.°—Pus gracias por el convite. (Come con mucha ansia.)

TRAB. 1.°—(Pobre Cipriano.)

GREG.—(Por la izquierda, corriendo.) ¡Antonia, Antonia!

ANT.—¿Qué pasa?

GREG.—La música del Romeral, la banda que viene para el concurso.

Dichos, la banda, coro general. Entran las mozas delante, la banda detrás, tocando.)

MÚSICA

SEC. Saludad a la banda
del Romeral,
que aquí con su presencia
nos viene a honrar.
Al concurso ha venido,
respondió a mi llamada.
Gritad conmigo todos,
¡viva la banda!

TODOS ¡Salud, salud la banda sin rival
¡Salud, salud del noble Romeral
Oyendo el grato son
de banda tan marcial,
se llena el corazón
de dicha sin igual.

SEC. Y ahora que aquí nos vemos
todos reunidos,
con esa voz hermosa
canta tú el himno.

TODOS Sí, que cante, que cante

ANT. No, que estoy ronca.

TODOS Sí, sí, que cante el himno.

SEC. Por Dios, Antonia.

ANT. Cantemos a la gloria
de los que fueron,
que al vivir nos honraron
y al morir no murieron
Es baturro el ilustre Pradilla
y Sorolla ha nacido en Valencia
y el gran López maestro de todos,
en la plaza de Cantalapiedra,
Gloria a la ciencia,
gloria a las artes,
gloria a la patria
del gran Velázquez!

TODOS. Gloria a la ciencia, etc.

(Se agarran mozas y mozos a bailar.)

SEC. ¡Esto no se baila!
¡Alto! ¡No seais bestias!

Un himno es un himno,
no es una habanera.

CORO. En Sevilla se canta a Murillo,
y en Europa a sus grandes pin-
[tores,
mas nosotros digamos tan sólo.
López, López y López y López,

ANT. Gloria a la ciencia, etc.

TODOS. Gloria a la ciencia, etc.

(Se repite el baile, al compás del estribillo,

HABLADO

ANT.—Vaya, todo el día os lo pasais aquí. ¡A la calle, a la plaza!

GREG.—Pero, Antonia, otro apuro, ¿dónde metemos a toda esta gente?

ANT.—Donde se pueda. Cuatro en cada cama.

GREG.—Pero si no van a caber.

ANT.—A lo ancho caben.

GREG.—El bombo no cabe en ninguna parte.

ANT.—El bombo con los toreros, que lo agradecerán mucho. Anda, anda, que tienes muy pocos ánimos.

GREG.—Por aquí, por aquí los de la música. (Mutis la banda y Gregoria por la izquierda; el pueblo por el fondo.)

TRAB. 2.º—Aprovechando esta confusión nos debíamos haber marchado, y nadie reparaba en nosotros.

TRAB. 1.º—Eso no puede ser. Eso no es decente. Es mucho mejor decir la verdad, y que sea lo que Dios quiera.

BART.—(Por el fondo, muy enfadado.) Pero, Celedonio, Pero, Antonia. ¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¿Qué escándalo es este?

ANT.—No ha pasado nada.

SEC.—Que ha venido la banda del Romeral.

BART.—¿Y la habéis recibido?

ANT.—Claro.

BART.—¿Y ha tocado?

CEL.—Y muy bien.

BART.—¿Y tú has aplaudido? ¿Y tú has cantado con ellos?

CEL.—Pero que muy bien.

BAR.—Pues eso no es patriotismo. Todo eso para la banda del pueblo.

CEL.—No seas animal, Bartolo. En el programa hay un concurso de bandas, y por eso ha venido la del Romeral.

BART.—¿Y va a tocar en competencia con nosotros?

CEL.—Claro.

BART.—¿Y si os parece que toca mejor, ¿la vais a dar el premio?

CEL.—Naturalmente.

BART.—Pues eso no es patriotismo.

CEL.—Bartolo, no me calientes la cabeza.

BART.—No lo es y no lo es. En este concurso no debía haber más banda que la del pueblo.

CEL.—¡Pero si es un concurso!

BART.—Y que lo sea. Y no habiendo en el concurso más banda que la de Cantalapiedra, el premio tenía que ser para nosotros a la fuerza. Eso, eso es patriotismo! Así, ¡cómo se va a regenerar España!

ANT.—Pero, hombre, tú estás loco.

BART.—Por supuesto que no tocan. Vosotros quereis instrumentos contra instrumentos a ver quién lo hace mejor. Pues, nosotros, instrumentos contra instrumentos, a ver quién se rompe antes la cabeza. Ya que no teneis patriotismo vosotros, nosotros lo tendremos, y se acabó.

CEL.—Sí que se acabó. ¡Adiós!

BART.—Y lo dicho. ¡Así está España como está! (Mutis Bartolo y el Secretario.)

Antonia, trabajadores 1.º y 2.º e Isabel por el fondo

ISAB.—¡Antonia!

ANT.—¡Isabel! ¡Tú aquí, en mi casa!

ISAB.—¿Y Pablo? ¿Me han dicho que ha venido! ¡Que alegría! ¿Dónde está? ¡Voy a verle! ¿Está por aquí

ANT.—Pero, ¿dónde vas? ¡Eres capaz de meterte hasta en su cuarto!

ISAB.—¡Mujer, que cosas dices! Es natural que yo desee verle.

ANT.—¡Lo natural es que tú le esperes en casa y que el vaya a buscarte! ¡Eso es lo natural y lo decente!

ISAB.—Lo he sabido y no me he podido contener. ¡Que alegría! A realizar nuestro sueño dorado. ¡Allá, bajo los árboles, una casita blanca con persianas verdes!

ANT.—(Otra vez la lata de las persianas y de la casita blanca.)

ISAB.—Un emparrado, flores...

ANT.—¡Isabel, vete, vete a casa a esperarle!

ISAB.—Es tan bueno y lo quiero tanto... ¡Pablo de mi alma!

ANT.—Vete, vete a casa a esperarle.

ISAB.—Puede que salga.

ANT.—¿Te quieres ir? (Empujándola y echándola.)

ISAB.—¡Pablo! ¡Pablo! (Gritando. Mutis.)

ANT.—¡Que bien vestida va! ¡ Yque bonita viene! ¡Y que dulce es! ¡Y que falsa! ¡Esa sí que es mala y no yo!

PAB.—(Saliendo.) ¿Quién me llamaba?

ANT.—Isabel.

PAB.—¿Ha estado aquí?

ANT.—Ahora mismo.

PAB.—Pero me llamaba como pidiendo socorro.

ANT.—La he echado.

PAB.—¡Tú! ¿Y por qué?

ANT.—No me gusta verla en mi casa. Y en mi casa yo no admito sino al que yo quiero que venga. Que se esté en la suya; y tú, si la quieres ver, vas.

PAB.—Ahora mismo pensaba ir.

ANT.—(Cambiando de tono.) Pablo... No vayas ahora.

PAB.—¿Y por que ahora no?

ANT.—Te están engañando, Pablo.

PAB.—¿Quien?

ANT.—No vayas, que te vas a tropezar con el otro.

PAB.—¡Mientes! ¡No hay otro!

ANT.—Hay otro, y de los dos necesita: de él el cariño; de tí el dinero, vienes de America. Te engaña. Vete a verlos; ve a alternar.

PAB.—¡Eso es falso, eso es una calumnia! Tienes una lengua de víbora. Eres mala, y quieres acabar con nuestra felicidad, porque tienes tristeza del bien ajeno. Eres mala no la vuelvas a ofender, porque yo... (Amenazándola.)

ANT.—¡Si me levantas la mano, cojo un cuchillo y te lo clavo!

PAB.—¡Antonia!

ANT.—¡Pablo, qué! ¿Qué hay?

PAB.—¡Si fueras un hombre!

ANT.—¡Pues anda, que allí te espera uno!

PAB.—(¿Si será verdad?)

TRAB. 2.º—¡Ay! ¡Ildefonso de mi alma! ¿Has visto que fiera de mujer? ¡De aquí no salimos con vida! ¡En cuanto la digamos que no tenemos dinero para pagarla!...

TRAB. 1.º—(¡Maria Santísima!) (Pablo silencioso y sombrío. Antonia se pasea agitada. De repente se fija en los trabajadores.)

ANT.—¿Pero vosotros que haceis aquí? Llevais dos horas. Enterándoos de lo que no os importa. A pagar y a marcharse, que voy a cerrar.

TRAB. 2.º—(¡Dios mío; que apuro!)

TRAB. 1.º—¡Cipriano!

TRAB. 2.º—Habla tú que tú me has convidado.

TRAB. 1.º—Es el caso que este no trae un céntimo, ni yo tampoco.

ANT.—¡Cómo! ¿Y os atreveis a comer sin tener dinero? ¡Estafadores, ladrones! Voy a llamar a la Guardia civil.

TRAB. 2.º—Todo se reduce a un poco de güisado, vino y pan.
ANT.—¡Lo que sea, es lo mismo!
PAB.—(¡Es hasta avara!)
TRAB. 1.º—¡Está mal hecho, muy mal hecho, pero la necesidad era tan grande! Somos dos infelices obreros, el pueblo arruinado con los pedriscos, los chicos tenían hambre y nos pedían pan llorando, y yo le dije a este: vamos a buscar trabajo por todo este término. Hemos ido de caserío en caserío y de pueblo en pueblo, y nada. Y yo le dije a este; ya que hay que morir, volvamos a casa para morir todos juntos. Y veníamos de camino y sin probar bocado, y este, que siempre ha sido muy tragón, se me caía desfallecido y me dijo: si yo no tomo algo, no llego y me muero sin verlos, y yo le dije a este: pues entra aquí que yo te convido, y eso fué todo, y se acabó la historia.
PAB.—(Pobres gentes.)
ANT.—¿Teneis muchos hijos?
TRAB. 1.º—Este siete chicos y yo sieté chicas.
ANT.—¡Que barbaridad! catorce entre dos.
TRAB. 2.º—Entre cuatro.
ANT.-¡Bueno, bueno, irse pero irse de prisa sin que yo vea que os marchais!
TRAB. 2.º—Gracias.
TRAB. 1.º Muchas gracias.
ANT.—¡A mí no me deis gracias!
TRAB. 1.º—Si tuvieramos algo, pero ni un céntimo. Yo traía una perra gorda; pero la chica, la más pequeña, me dijo al salir de casa: padre, todas mis amigas llevan una cinta en el pelo. Cómpreme usted una y que sea de color de rosa y que sea de seda, y al volver, con los diez céntimos en vez de comprarme un panecillo la compré la cinta.
ANT.—Bueno, andad, andad con Dios.
TRAB. 2.º—Muchísimas gracias.
TRAB. 1.º—Y hasta otra. (Medio mutis.)
ANT.—Pero ¿dónde vais, gandules?
TRAB. 2.º—Nosotros...
TRAB. 1.º—¿No nos ha echado usted?
ANT.—Es claro... Vais alimentados, os habeis llenado la barriga y no os acordais de nadie. ¿Y los chicos?
TRAB. 1.º—¡Pobres chicos!
ANT.—Toma un pan y tu otro y vino. (Trae lo que indica y lo va repartiendo.) tu... (Al trabajador 1.º) Guárdate esos cuartos para remediarte: y tu, (Al trabajador 2.º) oye aquí; toma y las compras cintas a todas las muchachas.
TRAB 1.º—Eso se lo agradezco más que el pan.
ANT.—Bueno, basta.
TRAB. 2.º—Muchísimas gracias.
ANT.—¡Que a mí no me deis gracias!
TRAB. 1.º—¡Dios se lo bendiga a usted!
ANT.—¡Marcharse, marcharse pronto, que me voy a arrepentir. (Mutis por los dos trabajadores. Antonia se dirige a quitar los platos de la mesa.)
PAB.—¡Antonia!
ANT.—¡Pablo!
PAB.—¿Sabes que me ha gustado lo que has hecho?
ANT.—Pues no tiene nada de particular, porque lo hago muchas veces.
PAB.—¿Sabes que no eres tan mala como aparentas ser?
ANT.—Puede que las haya peores.
PAB.—Ahora te he visto buena, generosa, compasiva... ¿por qué eres tan brusca, tan áspera, tan violenta?
ANT.—Porque así me han hecho.
PAB.—Pues mira, a pesar de tus asperezas y de tu genio de fiera, no me fuiste nunca antipática, y desde hoy menos.
ANT.—Gracias.

PAB.—¿Sabes porqué no eres buena del todo? Porque no lloras. ¡Yo n hé visto nunca lágrimas en tus ojos! ¡El llanto es bueno, sale del corazón prueba que hay en el corazón frescura y jugo! El que no llora es porque tiene seco.

ANT.—Pues yo no lloro porque no puedo.

PAB.—El día que llores serás buena del todo.

ANT.—Pues el día en que rompa a llorar ya te llamaré para que lo vea

PAB.-Adiós, Antonia, y de lo que antes me dijiste, ya hablaremos despaci

ANT.—Cuando quieras.

PAB.—Y ahora adiós, voy allá a ver si me tropiezo con el otro.

ANT.—Ojalá que no te tropieces y ojalá que no fuera verdad.

PAB.—(¡Qué mujer tan extraña!)

ANT.—¡Adiós, y que no te pase nada y que vuelvas contento aunque yo m muera!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto.—Una habitación en la casa de Antonia

Antonia y Gregoria. La escena sola. Oyese cerca a una de las bandas que está acaba de tocar una pieza. Cuando concluye grandes aplausos. Una voz dice: «El Jurado c cede el premio de honor a la banda del Romeral.»—Oyese la voz de Bartolo que ce: «¡Eso no es patriotismo!» [illegible] gran tumulto, protestas, gritos, voces de «¡Viva la b da del pueblo!» «¡Fuera los forasteros¡» Ruido de lucha, tiros, un ruido espantoso, d pues silencio. Se supone que todo el mundo ha echado a correr y se ha dispersa

ANT.—¿Pero qué ocurrirá en la plaza? Voces, mueras, tiros: (Entrando po izquierda.)

GREG.—(Por la derecha,) ¡Ay, Antonia de mi alma!

ANT.—¿Qué sucede?

GREG.—¿Qué ha de suceder? Que la banda de aquí, furiosa porque no han dado el premio, ha acometido a palos y pedradas a la otra banda, y é ha contestado con los instrumentos.. y la Guardia civil los ha separado a ti

ANT.—¡Qué salvajes! ¿Hay desgracias?

GREG.—Muchos heridos.

ANT.—¿Heridos? Que los traigan aquí, los curaremos nosotras. ¿Po gente! Aquí hay de todo, hasta camas.

GREG.—¡Pues no dice que hay camas!

ANT.—Vamos, no estés parada, que nunca te mueves, corre a la puer que los entren aquí, que se están desangrando.

GREG.—¡Pero qué genio! Voy, voy. Ya traen aquí uno.

ANT.—Pues corre, prepara agua y árnica y trapos y vendas. Más dep

GREG.—Me vuelve loca. (Mutis por la izquierda.)

Antonia, Bartolo, dos hombres. Después Gregoria. Dos hombres traen en una silla a tolo con una gran descalabradura.

ANT.—Aquí, dejadle aquí. ¡Pobre hombre! (Colocan la silla a la derecha.)

BART.—¡Ay, Dios mío!

ANT.—Y vosotros no esteis ahí parados como dos tontos, id a buscar vivo. (Mutis los dos hombres.)

BART.—¡Ay, madre de mi alma!

ANT.—Es Bartolo.

BART.—Sí que es Bartolo.

ANT.—Y tú a qué te metes en estas cosas. Merecido te lo tienes, estú

BART.—Esto no es patriotismo, esto no es patriotismo.

ANT.—Esto que ha de ser patriotismo, esto es un chichón como una n ja. (Gregoria con una jofaina con agua y árnica, gasa y vendas.)

GREG.—Aquí lo traigo todo.

ANT.—Venga, venga. Con agua fresca y árnica lavaremos este to

BART.—Ha sido el sarrusofón; me dió con todas sus fuerzas el muy b

ó no se fué impune, que la corneta de llaves se la metí por la boca y no
uedó más que una llave fuera

ANT.—Estate quieto.

BART.—Que me haces daño, que me escuece.

ANT.—No te muevas o te levanto otro chichón en el otro lado. Y tú ten esa jofaina, que te voy a dar un golpe. (Antonia, mientras habla Bartolo, le e curando y le pone una venda muy grande que le tapa un ojo.)

BART.—Por supuesto que nosotros hemos tocado mejor que ellos. La culpa a tenido el clarinete que se desafinó y nos desafinó a todos, y el fagot, estaba constipado y en vez de soplar estornudaba y el aire que se llevó papeles. Como no sabíamos de memoria la pieza de concurso cada uno se a tocar una cosa distinta; pero como tocar hemos tocado mejor que s.

GREG.—Ahora habrá que ponerle una pieza de diez céntimos.

ANT.—¡Una perra grande! Aquí hay que poner un duro en cuartos.

BART.—Mejor es un billete.

GREG.—Vaya, ya estás vendado.

BART.—Gracias, Antonia.

GREG.—Aquí traen otro.

ANT.—Adelante. Adelante. (En una silla traen a otro músico entre dos hom-)

MÚS.—¡Ay, ay!

ANT.—Ponedle ahí. (Lo colocan a la izquierda.)

BART.—Adiós, compañero.

MÚS.—¡Ay, ay!

GREG.—¿Dónde te duele?

MÚS.—¡Ay!

GREG.—Ahí, ¿pero en dónde?

MÚS.—En las muelas.

ANT.—Pues vete a un dentista.

MÚS.—Si ya no las tengo.

ANT.—¿Pues qué te ha pasado?

MÚS.—¡Un animal que me ha metido por la boca una corneta de llaves!

BART.—¡Calla, mi enemigo! (Se levanta.)

ANT.—Gregoria, hay que lavarle la boca.

BART.—¡Lavarle la boca!

GREG.—Claro.

BART.—Y le vais a curar.

ANT.—¡Cómo a ti!

BART.—¡A ese! ¡Al del otro pueblo! ¡Al de la otra banda!

ANT.—¡Ahora mismo!

BART.—¡Pues eso no es patriotismo!

ANT.—¡Esto es caridad!

GREG.—¡Y tú eres un bestia!

BART.—¡El golpe que yo he dado bien dado está, y merecido lo tiene. Y a o se le cura!

MÚS.—Pero, ¡cómo! ¡Has sido tú! (Levantándose.)

BART.—¡Yo!

MÚS.—Tú, el corneta de llaves.

BART.—¡Y tú el sarrusofón!

MÚS.—¡Pues yo no quiero que me curen! ¡A la calle si eres hombre!

BART.—¡A la calle!

GREG.—¡Pero por Dios!

MÚS.—¡Delante voy!

GREG.—¡Estáis locos!

ANT.—¡Déjalos que se maten, que no se pierde nada! (Mutis los dos por la a y Gregoria detrás.)

Antonia y Pablo

MÚSICA

ANT. Heridas que otros hacen
con gusto curé yo.
¡Por qué a mí no me cura
el mismo que me hirió!

(Pablo por la derecha con una mano vendada.)

mas otro herido viene aquí.
¿Quién puede ser?
¡Pablo, Pablo!

PAB. ¡Antonia!
Herido estoy sin saber por [quién.
Un criminal hasta mí llegó,
y por la espalda, cobarde y vil,
en esta mano, cruel me hirió.

ANT. ¡Ay Pablo, Pablo, no digas más
que ya comprendo quien pudo [ser.
quien deshacerse pensó de tí,
quien te aborrece yo sé porqué!

PAB. ¡Ay, dí, ay dí! ¡Dime quien es!
Pronuncia sin tardar
el nombre del bribón,
del vil aquel.
Y así podré lograr
mi justa indignación
vengar en él.

ANT. Dudar puedes de mí
y el nombre del traidor
jamás diré.
Hoy buena para tí
calmando tu dolor
feliz seré.

PAB. No hay de curarme necesidad.

ANT. Ven y la venda te arreglaré.

PAB. Mas dime pronto por caridad.

ANT. Mientras te curo te lo diré.
Te acechan, Pablo, sí,
despierta ya.

PAB. No acierto a comprender
por qué será.

ANT. Conozco una rubia yo
que arroba con su mirar;
más bella y gentil
que rosa de Abril,
más falsa que el mismo mar.
Que te ama te crees tú
mas a otro su amor le dió;
tan mala y cruel
es ella como él
y es él el que a tí te hirió.

PAB. Tú mientes, mujer, no sigas así;
infame calumnia es eso qué oí,
acusa tu voz envidia no más
y odiada de mí por siempre se- [rás.

ANT. Calumnia no es.

PAB. Aparta de

ANT. Te digo verdad.

PAB. Calumnia

ANT. Que Dios me castigue
si es cierto que yo te mer

PAB. Tan solo calumnias oí.

ANT. Ni envidio ni miento yo
ni nada temor me dá.
Pues dudas de mí,
reniego de tí.
Por mí que te maten ya.

(Le coge la mano la oprime con viol

PAB. Quítate, aparta,
me has hecho daño.

ANT. ¿Qué tienes?

PAB. Qu

ANT. Perdona, Pablo,
¿Sufre? Yo he sido,

PAB. Se abrió la herida.

ANT. Perdona.

PAB. ¡Fiera!

ANT. Sí, de rodillas.

PAB. Déjame, aparta.
Te tengo miedo.
Tú me aborreces.

ANT. No te aborrezco.
¿Por qué me acusas?
¡Tu voz me hiere!
¿Yo odiarte, ingrato?
¡Ciego!

PAB. ¿Me quieres?

ANT. Tu vida mi vida es.
Te quiero, te quiero,
Al ver tu dolor
acrece mi amor...
acrece mi amor por tí.

PAB. Y ANT. (A un tiempo)
Por qué volvería yo.
La duda me asalta ya.
Se burlan de mí.
me acechan aquí.
¿En dónde mi dicha es
¿Por qué lo diría yo?
No sé lo que siento y
Si él duda de mí
y yo no mentí
en vano mi afán será

ANT. Me ahoga la pena.

PAB. Su amor fué mentido

ANT. Ya ves que soy buen

PAB. (A ella, cariñosamente.)
Cuán ciego he vivido

ANT. Le quiero.

PAB. Me muero

LOS DOS ¡Sufrimos los dos!

(Se cogen las manos. Mutis Pal

Antonia, Gregoria y Secretario

HABLADO

ANT.—¡Ya me cree! Pues en cuanto pierda la confianza y la observe con ...ulo lo descubriré todo, aunque sea muy falsa, y entonces desengañado ...erá a mí, y yo seré entonces lo que él quiera! ¡Ay, qué alegría! ¡Ay, que ...ría! (Gregoria por la derecha.)

GREG.—Antonia, corre, que ya han empezado los títeres en la plaza.

ANT.—Voy en seguida. Quiero ver los títeres y quiero divertirme, y sal... ...r correr, y voy a bailar contigo.

GREG.—Pero, ¿es de veras?

ANT.—¡De veras!

SEC.—(Por la derecha.) Antonia, que es tarde. Prepárate para los festejos, ...tomas parte en todo.

ANT.—Y que tomo parte con mucho gusto. Voy a descubrir la estatua de ...z, voy a plantar el arbol, y a tirar de la cuerda, y a cantar el himno, y ...a bailar contigo.

SEC.—Pero, ¿hablas de veras?

ANT.—¡De veras! ¡Y ahora me voy a la plaza con las amigas à cantarme ...coplas! (A Gregoria con ímpetu.) ¡Un beso, rica! ¡Adios, secretarillo! (Dán... ...un empujón. Mutis por la derecha.)

SEC.—Esta es otra.

GREG.—Me le han cambiado. El primer beso en veinticinco años. ¡Cuando ...cuatro la pedí uno y me arañó toda la cara! ¡Me ha dado un beso! (Asom... ...)

SEC.—¡Me ha llamado Secretarillo! (Riendo.)

GREG.—Estamos de enhorabuena, don Celedonio.

SEC.—Un abrazo, señá Gregoria, y hoy bailamos en la plaza los dos a los ...ados, pero muy agarrados.

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

...que de Cantalapiedra, jardín a la moderna recién plantado. Al fondo el campo; en ...centro la estatua de López sobre su pedestal y cubierta con lienzos.

Antonia. Coro de mujeres.

MÚSICA

... dos parejas que bailan. Antonia se ...ta y canta.)

Porque soy del Arrabal,
me llaman la rabalera:
en siendo de Zaragoza,
que me llamen como quieran.

(Compases de baile. Antonia canta otra copla.)

Cuando hay tierra de por medio
no satisface un querer,
que el agua bebida a morro
es la que apaga la sed.

(Sigue el baile y acaba el número.)

Antonia, Isabel, Victor. Después Pablo y Gregoria. Luego el Secretario.

HABLADO

...T.—(¡Isabel!)

...A.—Canta más, ¡otra, otra!

...T.—¡Ya basta! ¡Se me ha quitado la gana de repente!

...B.—Déjame, Victor. No me sigas, no te acerques en público.

...—¿Y por qué no, si te quiero más que a nadie.

...B.—Si ya lo sé; pero puede venir Pablo.

...—Odio a ese hombre.

...B.—Es mi novio.

...—¿Y yo que soy?

...B.—¡Déjame! (A Victor.)

...—¡Ya viene! (Separándose. Entra Pablo por la derecha.)

...—¡Pablo! ¡Gracias a Dios que te veo! ¡Toda la mañana lejos de tu... Pues ya no te has de separar de mí.

PAB.—¡Isabel!

ANT.—(¡Zalamera, embustera!)

ISAB.—Pero, ¿que tienes? ¿Estás herido? ¡Quien ha sido el infame, el barde!

ANT.—(¡El infame y el cobarde, aquél!) (Por Victor.)

PAB.—¡No es nada, un arañazo!

ISAB.—¡A qué te metes en barullos! Para darme penas. ¡Qué disgusto, blo, qué disgusto!

ANT.—(¡Embustera! ¡Embustera!) (Gregoria por la derecha.)

GREG.—¡Jesús. Cómo está el pueblo! Qué animación. ¡Cuánta gente! tonia, ¿has visto los títeres?

ANT.—Yo no he visto nada. (Secamente.)

GREG.—Y ahora va a empezar el baile.

ANT.—Que empiece.

GREG.—Vas a bailar, ¿verdad?

ANT.—Bailarás tu, que a mí no me gusta. Ya lo sabes, yo no he ba nunca.

GREG.—Adiós. Me la han cambiado otra vez. No te enfades. mujer, hacerla un mimo.)

ANT.—¡No me toques! (Rechazándola.)

GREG.—(Esta es la legítima, la verdadera.) (Por el foro el secretario.)

SEC.—¡María Santísima! Cómo estoy. Son las doce de la mañana y ya dentro del cuerpo un desayuno, un lunch, una merienda, un almuerzo banquete. Entre salvas, vinos, licores y cafés, un Océano. Si no hago co de ejercicio, reviento. ¡Qué es esto, muchachas! Es la hora del baile.

TODAS.—Sí, sí, a bailar.

SEC.—¡Pronto, esa orquesta! (Las guitarras empiezan a tocar. Baila todo y Pablo con Isabel.) ¡Ay! ¡Aquí está mi pareja! Antonia, aquí tienes a tu se rillo.

ANT.—Secretarillo.

SEC.—Vamos.

ANT.—¿A qué?

SEC.—A bailar.

ANT.—¿Yo?

SEC.—Me lo has prometido.

GREG.—Se lo has prometido:

ANT.-Bueno, pues si he dado mi palabra, vamos. Pero más lejos, más

SEC.—¿Cómo más lejos? Si es a los agarrados?

ANT.—Bueno, a los agarrados; pero sin tocarme.

SEC.—¿Y cómo puede ser eso?

GREG.—Sé razonable, Antonia.

SEC.—Vamos, secretarilla.

ANT.—¡Que a mí no me abrazas, tú.

SEC.—Pero si es a los agarraos.

ANT.—(Pablo sí que la abraza) (Mirando a Pablo que baila con Isabel.)

VIC.—(Ya están bailando. Y qué juntos.)

SEC.—¿Qué hacemos?

ANT.—Vamos a bailar. (Va a cogerla.) ¡Eh! ¡eh! solo con dos dedos, (l con dos dedos de la mano derecha.) ¡Sucio! Que tienes la mano sudada. (Le cachete en la mano izquierda.)

SEC.—Dispensa, mujer. (Se limpia. Bailan el Secretario y Antonia ridícul muy separados, sin tocarse.) Esto es bailar cada uno desde su casa.

ANT.—Espera un momento. (Dejan de bailar.) Mira, Isabel, esa no es l de bailar.

ISAB.—¿Qué dices?

VIC.—Dice que asi no se baila en el pueblo y tiene razón. (Con vic

ISAB.—Pues no os entiendo.

PAB.—Ni yo tampoco.
ISAB.—Anda, Pablo, baila con Antonia para que me dé una lección. (Irónica-
ente.)
ANT.—Y tú, Victor, baila con Isabel a ver el estilo del pueblo. (Con más
onía. Bailan Pablo y Antonia, Isabel y Victor.)
SEC.—¡Alto! ¡alto! Ahora soy yo el que protesta. Asi no se baila. Baila con
l como conmigo. A los agarraos separaos.
PAB.—Pues mira, Isabel tampoco baila con Victor como se debe bailar. (Muy
olesto.)
ISAB.—Como contigo.
PAB.—Ahora has bailado de otra manera.
SEC.-Señá Gregoria, ¿quiere usté bailar conmigo a ver si acertamos los dos?
GREG.—A mí déjeme usted en paz. (Mutis.)
ISAB.—Yo no bailo ya con nadie.
ANT.—Ni yo tampoco.
SEC.—Ni yo, y se acabó el baile; ¡afuera esas guitarras! Hoy estamos to-
os endemoniados. (Se van los de las guitarras y el Secretario.)

Antonia, Pablo, Isabel y Victor.

VIC.—A cumplir tu palabra, Isabel. (Bajo.)
ISAB.—Se cumplirá.
ANT.—(A Pablo.) Hablan en voz baja.
PAB.—Ya lo veo. ¡Isabel! ¡Isabel! ¿Qué te decía ese hombre?
ISAB.—Nada.
PAB.—Te prohibo que hables con Victor.
VIC.—¿Me llamabas? (Volviendo.)
PAB.—No, pronunciaba tu nombre.
VIC.—¿Y con qué motivo?
PAB.—Prohibía a Isabel que te hablase.
ISAB.—(¡Ay, Dios mío!)
ANT.—(Ahora sale todo.)
VIC.—¿Y con qué derecho?
PAB.—Con los que tengo.
VIC.—Puede que tenga yo más derechos que tú,
PAB.—¡Mientes! (Van a lanzarse uno contra otro, Antonia contiene a Pablo, Isabel
abraza a Victor.)
ANT.—¡Pablo!
ISAB.—¡Victor, por Dios! (Algunos hombres se interponen.)
ANT.—¡Ahí la tienes! Se abraza a él y no se abraza a tí. Más claro ni agua.
PAB.—¡Ah! ¡hipócrita, falsa, rastrera.
VIC.—Aquí hay mujeres, y donde están ellas los hombres no pueden arre-
r sus asuntos.
PAB.—Pues vamos donde no las haya.
ISAB.—Eso no, Victor.
ANT.—Eso no.
PAB.—(A Antonia.) Si es verdad que me quieres no me humilles, no me de-
gas.
VIC.—¿Vamos?
PAB.—¡Vamos! (Mutis los dos. Algunos hombres procuran interponerse.)
ISAB.—¡Ay, que desgracia! ¡Ay, que desgracia!
ANT.—¡Ay, que desgracia! (Imitándola.) Tú tienes la culpa. (Se lanza a ella.)
ISAB.—Ay. (Sale corriendo y dando gritos. Detrás Antonia furiosa y muchas mujeres.)

El Secretario y Bartolo, derecha.

SEC.—Ya está todo arreglado, cuanto me alegro.
BART.—Se hizo la paz entre las dos bandas.
SEC.—Mejor que mejor.
BART.—Ahora mismo hemos salido juntos y nos hemos abrazado, y el sa-
ofón me ha dado un beso en el chichón.

SEC.—Así resultará la procesión cívica más lucida y el descubrimiento de estatua del gran López. Yo tengo que presidir.

BART.—¿Se ha puesto malo el señor alcalde?

SEC.—No ha podido resistir a tanto banquete.

BART.—Ya voltean las campanas.

SEC.—Pues a nuestros puestos. (Mutis los dos.)

Gregoria, Secretario, Bartolo, bandas, chicos y coro general. Después Antonia y Pablo.

MÚSICA

Empieza el desfile de la procesión cívica a compás de una marcha. Primero van dos municipales. Detrás las niñas de las escuelas de blanco y con su profesora de sombrero. Después la banda del Romeral, tocando, casi todos vendados. A seguida los chicos de la escuela y a su frente el profesor con el estandarte del colegio; después la banda del pueblo, y a su frente Bartolo, con su estandarte; no tocan, llevan destrozados los instrumentos, el bombo aparece con un agujero enorme, otros están retorcidos, abollados, con formas inverosímiles. Cierra la marcha el Ayuntamiento con sus maceros. Enfermo el alcalde preside el Secretario, con levita, sombrero de copa y bastón con borlas. Cierra la marcha dos guardas jurados. Se colocan todos alrededor del monumento. Con el pueblo entra Gregoria.

HABLADO

SEC.—¡Gran López! ¡Tus paisanos vienen a honrarse, honrando tu memoria! ¡Míranos, gran López! Antonia, tira de la cuerda.

GREG.—Antonia no está.

SEC.—¡Tú, Gregoria, por Dios!

GREG.—¡Allá voy!

SEC.—¡Míranos!

GREG.—(Tirando furiosamente.) Esto no corre.

SEC.—Gran López.

GREG.—El gran López tiene un nudo.

SEC.—Qué plancha estamos haciendo. (Antonia y Pablo por la izquierda.)

PAB.—(Entrando.) Huyó el miserable y no pude alcanzarle.

ANT.—Pues ella corría también, pero la pillé, y no te digo más sino que me duele la mano.

PAB.—¡Tenías razón, tú la buena!

ANT.—¡Ay, Pablo mío! ¿Pero qué haces, Gregoria? ¡Tú siempre tan torpe! ¡Si no es esa cuerda. Eso se hace así! (Tira de la cuerda y descubre la estátua.)

SEC.—¡Gracias a Dios!

PAB.—Tú lo has descubierto todo.

SEC.—¡Mírame genio sublime! (Como está la estátua de espaldas no los puede mirar. Así lo comprende la presidencia, que da la vuelta en silencio al monumento y lo coloca de frente.) ¡Míranos y oye el canto de tu gloria!

MÚSICA

ANT. ¡Gloria a las ciencias,
gloria a las artes,
gloria a la patria
del gran Velázquez!

TODOS. ¡Gloria a la ciencia! etc. (Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA